Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 14 (1987)
Heft: 3

Artikel: La agricultura bajo la lente colimadora : ¿cuánto cuesta un campesino?
Autor: Müller, Erwin R.
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-909213

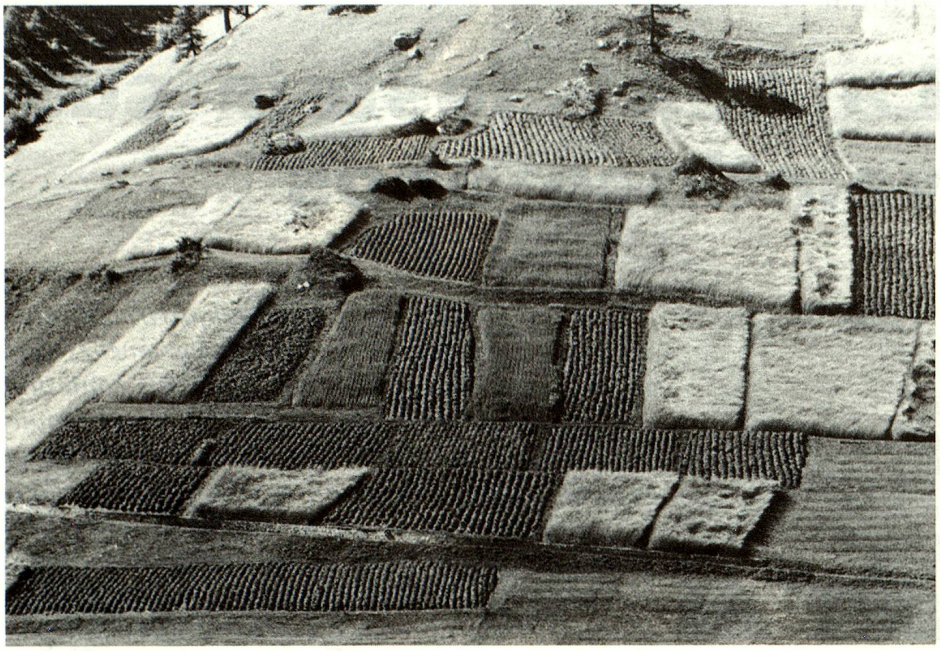
Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 09.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch



Los agricultores de montaña deben trabajar sus campos en condiciones más duras. Nuestra foto: inmediaciones de Ulrichen (VS).

La agricultura bajo la lente colimadora

¿Cuánto cuesta un campesino?

La situación de nuestros agricultores, término medio, es buena pero, para la mayoría de ellos, (relativamente) mala. Es esa la conclusión a la que llega Erwin R. Müller, redactor de la revista de economía «Politik und Wirtschaft», que explica lo que hay que pensar de la superproducción lechera, de la montaña de manteca, del descontento de los agricultores y de las fábricas de animales.

En la posguerra, los agricultores suizos no tuvieron a menudo que lamentar la falta de comprensión de la población. En el mes de setiembre del año pasado, cuando los ciudadanos rechazaron un proyecto relativo a la agricultura, su decepción fue tanto más amarga dado que esto no había ocurrido desde hace más de 30 años. Los comentarios de todos los sectores fueron unánimes: el rechazo masivo, por 61 por ciento de votos, del decreto sobre la economía azucarera no estaba dirigido a la producción de algunas toneladas suplementarias de remolacha azucarera sino que traducía el descontento acumulado frente a la política agrícola oficial.

No habían faltado las advertencias. Hubo, por ejemplo, una declaración de Fritz Leutwiler, ex presidente del Banco Nacional, que tuvo gran repercusión: según sus estimaciones, el costo indirecto de la protección de la agricultura suiza se eleva a cinco mil millones de francos por año. Es la suma que se podría efectivamente economizar si Suiza renunciara totalmente a conservar su propia agricultura e importara todos los productos alimenticios al precio del mercado mundial. Por otra parte, nadie sueña seriamente con poner a nuestro país en tal situación de dependencia del extranjero en lo que respecta al abastecimiento de productos alimenticios. Sin embargo, las sumas entregadas directamente a los agricultores bajo la forma de subvención (a cargo de los contribuyentes) y de suplementos sobre los precios (a cargo del consumidor) son bastante importantes, ya que se elevan a alrededor de 2,5 millones de francos.

El descontento se debe principalmente al hecho que la superproducción agrícola devora buena parte de ese dinero. La salida de los excedentes de leche, es decir su venta y su exportación (bajo forma de queso) por debajo del precio de costo cuesta casi mil millones de francos por año.

No se alcanzó el «rendimiento paritario»

Pero los campesinos, por su parte, están igualmente descontentos. La ley de 1951 sobre la agricultura les garantiza, para los productos agrícolas de buena calidad, precios que cubren, término medio, los gastos de producción de las empresas agrícolas explotadas en forma racional. Para calcular esos gastos, se toma como base los salarios pagados en la industria a los obreros especializados. Según esos cálculos, el agricultor hubiera tenido derecho, en 1986, a un «rendimiento paritario» de 162 francos por día de trabajo. En realidad, los agricultores no ganaron más que 128 francos por día en zona de llanura y sólo 84 francos en las regiones de montaña. La Unión Suiza de Campesinos estima en alrededor de 500 millones de francos la falta de ganancia de los agricultores suizos. Esta cifra no será ciertamente menos importante en 1987. El Consejo Federal no puede sin embargo elevar los precios, como lo exigiría la ley. En efecto, el mercado no permite aumento de precios (sería necesario por lo menos 20 por ciento). Los excedentes serían entonces más importantes y costaría todavía más caro. Si nos encontramos en este punto muerto es porque un principio tabú regía hasta estos últimos tiempos la política agraria de Suiza: los agricultores tendrían que obtener sus beneficios de la venta de sus productos, cuyo precio debería en consecuencia cubrir los gastos. Se consideraba que la evolución de los precios era la que debía ejercer un efecto regulador sobre el mercado. Pero, estando los precios prácticamente garantidos, los agricultores produjeron naturalmente lo más posible. Es así como la producción no dejó de acrecentarse, gracias a una mejor formación, a los progresos de la ciencia en la selección de variedades más rentables y en la cría de animales con mejor rendimiento, a maquinarias modernas, a productos antiparasitarios y abonos sintéticos.

¿Qué hacer con los excedentes?

Los partidarios de un dirigismo agrícola tentaron de resolver el problema de los excedentes instaurando una limitación de las cantidades fijadas por la administración: en 1977, se introdujo el contingente lechero, que fue luego regularmente reforzado. Los campesinos produjeron entonces más carne, hasta el momento en que ese mercado también fue saturado. La obligación de pedir una autorización

para la construcción de un establo, luego la prohibición de construir establos, una limitación del ganado, el pago de primas a los grandes productores incitándolos a cesar voluntariamente la explotación (primas que sobrepasaron los 100 millones de francos, todas estas medidas destinadas a frenar el ardor de los campesinos no sirvieron de mucho. Mismo entre los agricultores, esta política encontró oposición.

El campesino, sometido a tantas limitaciones y prescripciones, perdió su libertad de acción. Desde que los precios no pueden ser adaptados a la evolución de los gastos de producción, no aseguran más un beneficio suficiente.

En efecto, para determinar la política de los beneficios, se tomaba como criterio el «campesino medio». Para las 3.200 empresas agrícolas cuya contabilidad sirve de base al cálculo del beneficio paritario y, en consecuencia, a la fimación de los precios, la superficie media es de 18 hectáreas.

Pero hay una diferencia entre el término medio y la mayoría: las tres cuartas partes de los campesinos que ejercen esa ocupación a título principal explotan menos de 18 hectáreas y casi un agricultor sobre tres explota menos de 10 hectáreas. Los aumentos de precios lineales benefician pues, ante todo, a los grandes agricultores que producen mucho y que, de todos modos, tienen cubiertos sus gastos de producción. Pero, después del aumento de precios, las tres cuartas partes de los campesinos ganan relativamente menos que el año precedente. Ya sea bueno o malo un año, hay casi 2.000 campesinos que abandonan su trabajo en razón de un beneficio insuficiente.

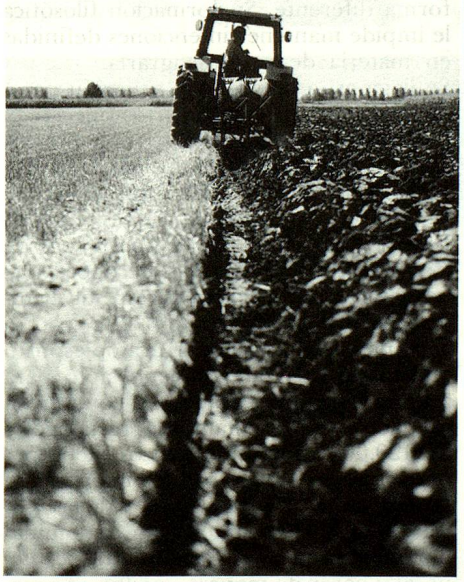
Esta política agraria es el resultado de la evolución general de la economía en el período de posguerra. Se pretendía que la productividad del trabajo en las empresas agrícolas aumentara en la misma medida que en la industria y en el sector terciario. A menudo se utiliza como argumento el hecho que en el extranjero, los campesinos producen mucho más barato y mucho más racionalmente. En Suiza sin embargo, las condiciones de producción unidas a la naturaleza (clima y topografía) son menos favorables; el suelo y la mano de obra son menores y más caros que en otros países. A pesar de esto, los productos alimenticios son actualmente muchos menos caros que hace 40 años si se compara su precio con el poder adquisitivo de los consumidores: un huevo no cuesta prácticamente más caro que en aquella época. En 1947, el campesino obtenía 3,86 francos por un kilo de carne de cerdo, en enero de 1987, 4 francos. Hace 40 años, el obrero debía trabajar tres horas para poder comprar un kilo de carne, hoy día gana ese dinero en menos de un hora.

El poder adquisitivo del campesino evolucionó de manera exactamente inversa: en 1947, para comprar un kilo de café, el campesino debía vender 5,8 kilos de trigo o 9,5 kilos de leche, actualmente necesita 11 kilos de carne o 14 litros de leche. El agricultor debe también gastar cada vez más para los medios de producción que necesita, es decir las maquinarias, los tractores, los combustibles, las semillas, los abonos, los productos fitosanitarios, los seguros, las transformaciones de los locales y las nuevas construcciones, así como los salarios de sus empleados; en cambio, los precios de venta de sus productos son en comparación cada vez menos remunerativos: los medios de producción cuestan actualmente 3,8 veces más caros que hace 40 años, mientras que los productos de su trabajo solamente duplicaron el precio.

La única salida: producir cada vez más

Para el agricultor deseoso de nivelar la diferencia entre los precios y los costos, de conservar el mismo beneficio o tal vez mejorarlo, como ocurre con el resto de la población, había una sola manera de lograrlo: racionalizar, mecanizar, especializarse, concentrar e intensificar la producción, producir más y más barato; en otras palabras, sacar el máximo del suelo y de los animales utilizando máquinas, y de los capitales endeudándose comprando más forrajes, abonos y productos químicos.

Ahora bien, es exactamente eso lo que hoy día se reprocha a los campesinos y a la política agrícola que está en los orígenes de este círculo vicioso. La agricultura intensiva de los tiempos modernos condujo a excesos en la cría del ganado, particularmente en la de los cerdos y las aves. Hay actualmente campesinos que no poseen tierras o tienen muy pocas y que explotan una gran empresa racionalizada al extremo. Compran los forrajes, que son en su mayoría importados. Además del aspecto relacionado con la protección de los animales, los que critican nuestra política agraria se preguntan también porque tales «fabricas de animales» benefician de la protección acordada a la agricultura suiza. En caso de crisis, si las fronteras fueran cerradas, no podrían de ninguna manera contribuir al abastecimiento de la población.



Agricultor de la planicie trabajando. (fotos: Peter Studer; SVZ).

Perjuicios ocasionados al medio ambiente

El uso intensivo de abonos, de productos contra las plagas y de herbicidas provocaron un empobrecimiento notable en la naturaleza. Los inspectores de los productos alimenticios y los consumidores denuncian la presencia de residuos de medicamentos de medicina veterinaria en la carne, de productos fitosanitarios tóxicos en las frutas y legumbres y un tenor demasiado elevado de nitratos en el agua potable. Los agricultores que optaron por la agricultura biológica gozan ante la población de un prestigio creciente en relación con aquellos que permanecieron fieles al sistema de explotación tradidional. Aunque más caros, sus productos no tienen ningun problema de excedente y de venta.

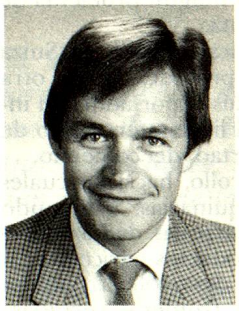
Finalmente, la política agrícola de Suiza sufre aún ataques procedentes de otra parte: Suiza es un país exportador. Su industria se basa en el libre intercambio de bienes y en la libertad de comercio.

Los países en desarrollo, hacia los cuales desea exportar maquinarias, a menudo pueden sólo procurarse las divisas necesarias vendiendo productos agrícolas. En Suiza, los países en desarrollo tropiezan frecuentemente con fronteras cerradas. Suiza ha erigido, sin duda como ningún otro país, barreras para proteger su agricultura. En el Acuerdo General sobre las Tarifas Aduaneras y el Comercio (GATT), solicitó diversas derogaciones a las reglas establecidas. Es este proteccionismo agrícola –que obstaculiza la industria de exportación– que Fritz Leutwiler ha criticado. Por otra parte, este punto de vista coincide con los intereses de grandes comercios de distribución y asociaciones de consumidores, que critican el proteccionismo agrícola reivindicando el derecho de cada uno de dirigir su propia vida. Por ejemplo no es muy grato ver que especialidades de quesos extranjeros sean encarecidos en la frontera, que la importación de vinos esté sometida a contingentes y que la Unión Suiza de Campesinos haya recientemente solicitado que se frene la importación de productos de caza, de aves y de pescados

a fin de facilitar la salida de la carne suiza.
Los remedios para mejorar la política agraria suiza son por lo menos tan numerosos como las críticas, y son también igualmente contradictorios. En su voluminoso sexto informe sobre la situación de la agricultura suiza, publicado en 1984, el Consejo Federal estima que su política fue coronada por el éxito. Considerando la situación en la Comunidad europea, recuerda que Suiza es el país que tiene menos problemas. Por ello no tiene intención de modificar, en lo que respecta a los principios, su política agraria.
Entretanto, la evolución de la situación en diversos sectores ha llevado tanto a Berna como a Brougg (sede de la Unión Suiza de Campesinos) a reveer su política. Durante dos años consecutivos, los campesinos no pudieron elevar nuestras reivindicaciones por el precio de la leche y de la carne, que son sus principales productos. Considerando los excedentes que conocemos, no hubieran tenido, por otra parte, ninguna posibilidad de lograrlas. Dado que aumentos de precios y un aumento de la producción no son más posibles, mismo a largo plazo, hay ahora que buscar otra solución para garantizar los beneficios agrícolas.

Los pagos directos: ¿Una solución?
Hasta ahora, la Unión Suiza de Campesinos (bajo la influencia de los grandes agricultores, que se beneficiaron de la política seguida en materia de precios y de beneficios) se opuso siempre a la introducción de lo que se llama los pagos directos. A su juicio, subvenciones entregadas por un funcionario que no dependen de lo que el campesino ha producido, equivaldrían a una limosna. No obstante, los pagos directos existen ya para la agricultura de montaña, bajo forma de contribuciones a la explotación agrícola del suelo y a la protección del ganado, y los que se benefician no tienen la impresión de recibir una limosna, sino el pago completamente justificado de una prestación: los agricultores cultivan la tierra, impiden que se convierta en un erial y conservan, en condiciones muy difíciles, una capacidad de producción sufiente para los períodos de crisis.
Ahora bien, esta primavera, la Unión Suiza de Campesinos pidió, por primera vez, que se introduzcan pagos directos también para los campesinos de la planicie.
Se espera por esta medida que los precios recobren su función de orientar la producción y, en consecuencia, que los excedentes disminuyan.
Se espera también que los campesinos, una vez liberados –gracias al pago directo de sus beneficios– de la obligación de producir más, produciran no solamente menos sino también en forma menos intensiva. Ello permitirá importar más cantidad de productos agrícolas, abrir a la industria salidas para la exportación y depurar el medio ambiente, la naturaleza y los productos alimenticios de trazas de substancias agroquímicas.
Sin embargo, el Consejo Federal que, al igual que la Unión Suiza de Campesinos, ha rehusado hasta ahora los pagos directos, aparentemente no se ha dejado convencer por todos esos efectos beneficiosos. Es cierto que por el momento ha previsto el pago, a partir de 1988, de 90 millones de francos por año; pero una comisión de expertos, compuesta de 21 miembros, deberá todavía estudiar, hasta fin de este año, cuáles serían los efectos de pagos directos y la manera de reglamentar su otorgamiento.

E.R. Mülller



Melchior Ehrler

La nueva orientación dada a la política agraria de nuestro país coincide con un cambio a la cabeza de la Unión Suiza de Campesinos: el 1º de julio de este año, Melchior Ehrler, de 39 años de edad, sucedió a René Juri como director de esta Asociación, en Brougg. Ehrler no corresponde a la imagen convencional de un jefe de campesinos. No desciende de una familia de campesinos acomodados, propietarios de una gran cabaña; su padre era granjero, inquilino de una pequeña finca situada en Ibach, en la región de montaña. No es tampoco agrónomo diplomado; hizo su bachillerato tipo A (latín/griego) en el Colegio de Schwyz, estudiando luego filosofía en la Universidad de Louvain, en Bélgica. Más tarde cursó estudios de derecho en Zurich, donde obtuvo una segunda licenciatura.
Ehrler cita a Sócrates (no por supuesto en las asambleas campesinas), se interesa en la lógica y en la teoría del conocimiento de Popper; se apasiona por la filosofía del lenguaje de Wittgenstein y por el psicoanálisis de Freud y está fascinado por Kant, Kierkegaard y Sartre. El estudio de esas disciplinas lo condujo automáticamente a encarar los problemas en forma diferente. Su formación filosófica le impide mantener intenciones definidas en materia de política agraria.
Se llega así a la siguiente situación paradójica: hay miles de expertos que creen poseer la receta milagrosa para la política agraria y que saben exactamente lo que habría que hacer si fueran directores de la Unión Suiza de Campesinos, en Brougg, mientras que el nuevo jefe de los campesinos, él mismo, reconoce que no hay receta milagrosa para resolver todos los problemas. No obstante, con la viva inteligencia y la apertura de espíritu que lo caracterizan, se siente apto para asumir la gran tarea que le espera: en su calidad de representante de los intereses de 120.000 campesinos suizos, debe poner en limpio cuáles son los intereses de los individuos, de los grupos, y de las asociaciones, encontrándoles un denominador común que represente el interés general y hacer de manera que los interesados adopten una misma posición. *E.M*

Vous désirez gérer votre retraite, chez vous, pour toute la vie...

Nous vous proposons:
- un service hôtelier dans des appartements,des studios et des chambres
- des assistances ménagères, infirmières et médicales
- des loisirs
- un lieu protégé dans un grand jardin au coeur de la ville thermale d'Yverdon-les-Bains

Dans ces conditions, vous prolongez votre bien-être de vivre

Renseignements et documentation:
Fondation de la Résidence des Jardins de la Plaine
Mme. Renée Guisan
Avenue Haldimand 14
CH-1400 Yverdon-les-Bains
Tel: 024 / 212 912